

VEINTINUEVE MESES QUE CAMBIARON

SIEMPRE se podrá discutir acerca de si los grandes hombres fabrican la Historia, determinan la época, dirigen los acontecimientos, o si, por el contrario, son productos de su tiempo y le dan su rostro y sus maneras. Son dos conceptos políticos, y también son dos conceptos históricos distintos. El mundo contemporáneo parece que quiere organizarse en torno a esta última idea mediante el uso de formas variadas de elección, selección, opinión pública, participación, cambiando el concepto de hombre fundamental o jefe carismático por otro menos mágico y más realista.

Juan XXIII fue elegido Papa en octubre de 1958, y murió en junio de 1963, hace ahora diez años. Cinco meses después moría asesinado Kennedy, que había comenzado su Presidencia en los Estados Unidos en enero de 1961. En marzo de 1958, Khrushchev unía a su cargo de primer secretario general del partido comunista de la Unión Soviética, el de primer ministro, que había estado ocupando Bulganin, y llegaba a reunirse, después de un ascenso de años, el poder máximo, en el que duró hasta octubre de 1964, en que fue sustituido por Kossiguin y Brejnev. Es decir, que hay un período de veintinueve meses, desde enero de 1961 a principios de junio de 1963, en el que coinciden tres hombres fundamentales, Juan XXIII, Kennedy y Khrushchev, y disponen y preparan las bases del mundo en que vivimos ahora, y del mundo en que, sospechamos, vamos a vivir más adelante. Los tres marcan un cambio de época histórica.

Los precedentes de que disponían al ascender eran adversos. Juan XXIII sucedía el largo Papado autoritario, reservado y difícil de Pío XII; un Papado de guerra que se extiende desde los albores de la gran conflagración mundial, en 1939, hasta su muerte, en 1958. Kennedy estaba precedido por Truman y Eisenhower; de las guerras de Hiroshima y Nagasaki, a la dura guerra fría. En cuanto a Khrushchev, era el heredero de Stalin, al que había denunciado en febrero de 1956 como creador de un mundo de paranoia criminal, de un reino del terror. De todo este movimiento hacia la paz y hacia nuevas formas de entenderse y negociar, el precursor había sido Khrushchev, con la larga campaña de la "coexistencia pacífica" y de las nuevas formas de diálogo.

Lo que más o menos representaban estos tres hombres singulares era una negativa de las poblaciones del mundo a seguir viviendo bajo la amenaza de una destrucción nuclear. Pero la guerra

nuclear hubiese sido inevitable, a pesar del "equilibrio del terror" y de la científicamente proclamada imposibilidad de ganar la guerra —el vencido sufriría, pero el vencedor quedaría también prácticamente aniquilado—, de no haberse comenzado a practicar una descongelación de las ideologías. Las ideologías se habían reducido, esquematizado, simplificado, hasta dejar precisamente de serlo y convertirse simplemente en emblemas. Por eso se pudo hablar hacia esa época, y con razón, del ocaso o la muerte de las ideologías. Porque están desvitalizadas por sí mismas. Una ideología es un sistema propio de entender al mundo basado en ciertas experiencias del pasado y en un análisis del presente: es un sistema de referencias que marca una conducta. Si la acumulación de nuevas experiencias, de nuevos análisis de la realidad, si la aportación de otros sistemas ideológicos no continúa produciéndose, se esclerotiza y muere. La esclerosis le viene cuando se convierte en verdad absoluta. Eso suele ocurrir con las ideologías que tienen ya esa base, la de la verdad absoluta, en su doctrina; pero ocurre con todas en cuanto tienen una amenaza superior de fuerzas exteriores. Sucede inevitablemente en las guerras, o en las revoluciones. Simplemente, en las circunstancias de amenaza verosímil de guerra, como sucedió en el largo período de la guerra fría. Las ideologías, como sistema de

referencias para entender el mundo, se revitalizan en cambio cuando sin perder de vista sus creencias básicas las nutren con la dinámica de vida resultante de la interacción de otras ideologías y de una serie de factores incommensurables (expansión de la información, demografía, técnica, ciencia, costumbres, alteraciones naturales de la economía, etcétera).

Por estas razones, durante el Papado de Roncalli se utilizó para la Iglesia la palabra "aggiornamento": era una forma de absorción de las realidades del día, de la dinámica de vida producida por mil elementos, a las doctrinas que la Iglesia consideraba eternas e inmutables en cuanto a su profundidad, pero inadecuadas con respecto a su forma. Era indudable que la primera condición para que esta adecuación pudiera ejercerse estaba en la desaparición de la amenaza y de la situación defensiva. La opción que había ofrecido Khrushchev con la "coexistencia pacífica" era precisamente la de la paz. No había sido creído. Se habló de astucia, de maniobra; se dijo que era una manera de debilitar al mundo occidental, obligándole a bajar sus defensas. La Iglesia de Pío XII no estaba hecha para confiar. No estaba hecho para ello tampoco el mundo dirigido por los Estados Unidos, con Foster Dulles como mercader de armas y guerras. La grandeza política

del Papa Roncalli consistió en ser el primero en aceptar esa opción. Sin aceptar el comunismo ni el marxismo, tuvo la decisión histórica de creer que la Unión Soviética ofrecía la paz con sinceridad y que el mundo podía comenzar a cambiar a partir de aquel momento. La encíclica "Mater et Magistra" de 1961 sobre los problemas sociales, precedió en dos meses al mensaje a los dirigentes del mundo —lo de septiembre de 1961—, pidiéndoles la intensificación de los esfuerzos por la paz, y ambas, a la celebración de la primera fase del Concilio y a la publicación de la encíclica que coronaría —cronológicamente— su vida, la "Pacem in Terris".

Volviendo al principio, cabe la discusión de si este cambio radical fue una obra de Juan XXIII, o si Juan XXIII fue elegido por el Cónclave precisamente porque reunía las condiciones precisas para dar rostro y palabra a la renovación de la Iglesia, como cabe la de pensar que sus documentos y acciones eran fruto de una mayoría gobernante en la Iglesia católica. En el caso de la irrupción del joven Kennedy en la política, el tema está más claro, porque procede de una elección popular y de una larga campaña de candidato en la que sus aperturas hacia la paz y la coexistencia estaban perfectamente claras. Los Estados Unidos eligieron a Kennedy para que éste recogiese a su vez la opción soviética



L MUNDO

de la coexistencia pacífica. Debía también romper la dura cáscara de la congelación de las ideologías dominantes en los Estados Unidos, que les habían llevado a convertirse en lo que alguien ha llamado "un imperio involuntario" por la torsión de unas ideologías liberales de democracia; fue preciso un acontecimiento como el de la crisis del Caribe en 1962 para que entrase directamente en la época de la coexistencia.

Es curioso observar que los movimientos de rectificación hechos por las tres grandes fuerzas —el catolicismo, el comunismo, el capitalismo democrático— después de aquel periodo, son también similares. Es posible que la nueva reserva, la nueva cautela, el paso más lento y más cuidadoso al avanzar por los nuevos caminos de Pablo VI corresponda a una disposición política muy similar a la de Kossiguin y Brejnev cuando sucedieron a Khrushchev. La transición en los Estados Unidos ha sido más dolorosa y más violenta. Precisamente porque fue allí donde sonó con toda claridad la señal de alarma de los acontecimientos que podrían sobrevinir si se avanzaba demasiado rápidamente por el camino emprendido: el asesinato de Kennedy. Porque la revolución de los veintinueve meses dejaba marginadas fuerzas muy importantes en cada uno de los sectores y en la generalidad del mundo. Fuerzas que no se resignaban a desaparecer, pero, sobre todo, fuerzas que



E. HARO TECGLEN

seguían teniendo miedo, que no sabían salir del cascarón de sus ideologías esclerotizadas. Para ellos, el "aggiornamento" —en el comunismo, en la Iglesia o en el capitalismo democrático— era una descomposición, una traición, una disgregación. Siguen creyéndolo, aunque cada vez con menor fuerza y menor número. Bastará una situación grave para que se recuperen. Por eso estas rectificaciones —comparables al "feed back" del lenguaje cibernético— han venido a contener la fuerza con que nació la coexistencia pacífica. Han sido precisos diez años para que se admita generalmente.

Son precisamente los diez años transcurridos desde la muerte de Juan XXIII, el primer acontecimiento cronológico que deshizo aquella conjunción, el que señala el final de los veintinueve meses de carácter histórico. Cuando se sembraron los frutos que se empiezan a recoger ahora. Serán precisos muchos más años, muchas más rectificaciones, mucho más juego de "feed back", para una reconstrucción abierta de las ideologías dañadas y, sobre todo, para una estabilización del mundo, que sangra por muchas heridas. Y para que el sentido de la paz y la coexistencia se refleje con justicia en cuantas han sido sus víctimas y lo siguen siendo todavía. La sensación que se tiene en estos momentos es que ese camino es irreversible, aunque enormemente difícil. ■ E. H. T.

EN los lugares más diversos del mundo se ha conmemorado el documento cumbre de la Iglesia católica en la Edad Contemporánea: la Carta de Juan XXIII que tituló «Paz en la Tierra».

La Comisión Nacional «Justicia y Paz» la ha conmemorado en un acto público celebrado en Madrid, al que asistieron españoles y extranjeros reunidos con motivo de la Asamblea de las Organizaciones Internacionales Católicas. Hablaron el Presidente español, señor Ruiz-Giménez; el Secretario de la Comisión Pontificia, el abogado Vittorino Veronese y el Nuncio en España, Monseñor Dadaglio.

Pero no sólo la Iglesia ha conmemorado este documento en los países de acá del telón de acero. También lo han hecho los países tras este telón, e incluso participando las autoridades civiles, como ha ocurrido en Budapest. Allí, el secretario de Estado, Miklos, declaró: «Expresamos nuestra estimación y nuestro recono-

cimiento a Juan XXIII, porque se mostró capaz de comprender el desarrollo de la Historia, y tuvo el coraje de romper públicamente con la atmósfera de guerra fría y de anticomunismo... Y es-

Monseñor Klempa, en un acto religioso que celebraron los católicos húngaros, bajo la presidencia de Monseñor Ijjas —presidente de la Conferencia Episcopal húngara— definió la labor

cristianos y los no-cristianos».

En nuestro país, la celebración eclesial de la encíclica del Papa Juan se puede resumir en las frases clave que el abogado Veronese —antiguo director general de la UNESCO y Presidente de la Acción Católica Italiana—, dijo: 1) «Nada hay tan radicalmente revolucionario como la aplicación de los derechos del hombre», por eso el Papa Roncalli fue el más revolucionario de todos los Papas por haber basado toda la estructura de la sociedad en esta aceptación universal de los derechos humanos básicos que él enumeró y que pretendió que fuesen aplicados valiente y radicalmente; 2) el Papa Juan pidió la convivencia, la libertad de asociación y la participación de todos en la marcha de la sociedad, y —como dijo Veronese— «no cabe buscar disculpas en este tema argumentando que no está preparado el pueblo», y 3) la Iglesia no puede pretender solamente la libertad religiosa para ella, sino que tiene que pedir todas las libertades que son básicas a la convivencia social: «la libertad es indivisible, y

LA LIBERTAD DE "SER MAS"

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

peramos que el encuentro celebrado en Berlín de católicos del Este y del Oeste, aumentará el número de aquellos que siguen esta línea de conducta y este espíritu».

realizada por Juan XXIII como «una revolución profunda que liberó a la Iglesia de gran cantidad de trabas que la atenazaban», y «abrió nuevas vías para lograr la paz a través del diálogo entre los